

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA
VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE
HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTORESCO.
HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA
EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:
las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
producción, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA
CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:
los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, n.º 24 y 26.
1872.

- Madrid
- Toledo.
- Ciudad-Real
- Cuenca.
- Guadalajara
- Zaragoza.
- Huesca.
- Teruel.
- Barcelona.
- Tarragona.
- Lérida.
- Gerona.
- Valencia.
- Alicante.
- Castellón.
- Murcia.
- Albacete.
- Córdoba.
- Jaén.
- Granada.
- Almería.
- Málaga.
- Sevilla.
- Cádiz.

- Huelva.
- Badajoz.
- Cáceres.
- León.
- Salamanca.
- Zamora.
- Oviedo.
- Burgos.
- Valladolid.
- Palencia.
- Ávila.
- Segovia.
- Soria.
- Logroño.
- Santander.
- Alava.
- Guipúzcoa.
- Vizcaya.
- Coruña.
- Lugo.
- Orense.
- Pontevedra.
- I. Baleares.
- Navarra.

ISLA
DE CUBA.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

ISLAS
CANARIAS.

L47
2911

THE
 ANNUAL
 REPORT
 OF THE
 BOARD OF
 SUPERVISORS
 OF THE
 COUNTY OF
 ALBANY
 FOR THE
 YEAR
 1871

ALBANY
 1871

PRINTED BY
 J. B. BROWN, JR.
 ALBANY, N. Y.

—Es una de las figuras mas importantes del reinado de Felipe V,—dijo Pravia.
 —¿Era casada ó viuda?
 —Viuda dos veces: su primer esposo fue Adrian de Talleyrand, y viuda de este, casó con Flavio Orsini, duque de Bracciano, conservando el apellido de este á pesar de haber enviudado tambien.



Princesa de los Ursinos.

—Segun eso, Ursinos no es otra cosa que una corrupcion de Orsini.
 —Justamente. Estuvo en España, tuvo frecuente trato con españoles, hablaba perfectamente nuestro idioma, y se comprende muy bien que Luis XIV la eligiera para educar, por decirlo así, á la jóven reina; pero dejemos por ahora á esta señora y volvamos al Monarca que, comprendiendo cuán necesaria era su presencia en Italia tante, y como habia tratado tantas gentes sabia recibir á toda clase de personas, por elevadas que fueran. Como tenia mucha ambicion era tambien dispuesta á intrigas, pero una ambicion elevada muy superior á las de su sexo y á las de muchos hombres.»

para jurar sus fueros á los napolitanos y sicilianos y ponerse al frente de sus tropas, decidióse á hacerlo, no sin haberlo consultado antes con su abuelo.

—¿Y qué le dijo este?

—Que si Felipe II hubiese procedido del mismo modo yendo á Holanda cuando hacia falta, no perdiera aquellos Estados.

—¿De modo que marchó?

—Sí, señores.

—¿Y la Reina?

—El Monarca deseaba llevarla consigo, accediendo tambien á las aspiraciones de su misma esposa, mas el temor de aumentar los gastos en la situacion apurada que se hallaba el erario, le contuvieron, y dejándola encomendada la gobernacion del reino, dispuso que celebrase cortes en Aragon y que se dirigiese á Madrid.

—¿Y la Reina aceptó un cargo tan espinoso?

—Repito á Vds. que era una gran mujer. Sufrió mucho; pero á pesar de su corta edad que solo era de catorce años, mostró tal fortaleza de ánimo que á todo el mundo llenó de admiracion.

—Ahora supongo que seguiremos al Rey á Italia.

—Sí, señores, que tiempo de sobra tendremos para ocuparnos de España, en la cual habia ya mucho descontento hábilmente explotado por los agentes austriacos.

—¿Qué Estados habian reconocido al nuevo rey?

—Los Países Bajos, donde el Elector de Baviera gobernaba; Milan y Nápoles. Portugal lo hizo, firmando un tratado de alianza con Luis XIV, pero este reconocimiento fue forzoso, y por consiguiente no podia inspirar gran confianza. En cuanto á las demás potencias fácil es de comprender que, temerosas del poder que Francia obtendria con la posesion del trono de España, pues no se les obscurecia que Felipe de Anjou era Luis XIV, si bien no se pusieron contra él en los primeros momentos, no permanecieron ociosos. El emperador Leopoldo de Austria fue el que rotundamente se negó á reconocer el testamento de Carlos II, y se dispuso para mantener sus pretendidos derechos por medio de las armas.

Inglaterra y Holanda preparábanse tambien, cuando Luis XIV hizo invadir los Países Bajos por sus tropas, y convenido con el Elector de Baviera, puso guarniciones francesas en todas las plazas de que se apoderó, haciendo prisioneros en aquella sorpresa á quince mil soldados holandeses.

El de Austria dirigió sus fuerzas á Italia y preparóse la conspiracion de Nápoles que estalló soltando los presos de las cárceles y poniendo en los lugares públicos el retrato del Archiduque.

Esta sublevacion fue sofocada casi inmediatamente, mas el daño ya estaba hecho, la semilla arrojada, y no habia de tardar en dar sus frutos.

El recibimiento que en Nápoles hicieron al Rey, por mas que hubo vivas y entusiasmo, no era la expansion espontánea de un verdadero afecto, sino mas bien la curiosidad y la impresion del instante.

Inmediatamente se puso el Rey al frente del ejército, y su primera accion fue der-

rotar á los austríacos á las orillas del Pó, haciéndoles mas de mil muertos y heridos, y cogiéndoles trece estandartes que remitió á Madrid para que se depositasen en el templo de Atocha.

—¿Y qué tal se portó el Monarca?

—Peleó mas como soldado que como jefe, sufriendo como el primero, en términos que en una de aquellas grandes batallas pasó mas de cuarenta horas sin dormir y casi sin tomar alimento.

—¿El rey de Francia le ayudaba?

—Ya lo creo. Mandóle sus mejores generales y sus escogidos regimientos.

—¿Y en España qué pasaba entretanto?

—Ahora vamos á ocuparnos de ella, puesto que el mismo Felipe, despues de dejar asegurada la campaña, comprendió, por las noticias que recibia, que era muy necesaria su presencia en la capital de sus Estados.

XXVIII.

Principio de la guerra llamada de sucesion.

D. Cleto descansó algunos momentos antes de continuar su relato.

Sus compañeros, que le escuchaban con gran complacencia, no pudieron menos de decirle algunas veces:

—Si le es á V. molesto, podemos dejarlo para otro dia.

—Por el contrario, señores, tengo muchísimo gusto, pues precisamente los estudios históricos han absorbido la mayor parte de mi vida.

—Ya se conoce.

Y el buen anciano reanudaba de nuevo su relato.

Despues de aquel lijero reposo, dijo:

—España estaba en una situacion que tenia muy poco de satisfactoria. No habrán Vds. olvidado que al marcharse el Rey á Italia, confirió á su esposa la gobernacion del reino, nombrando un consejo que auxiliase con sus luces á la jóven cuanto inexperta regente.

—Y de ese consejo formarian parte indudablemente Portocarrero y los demás ministros.

—Sí, señor, aumentado con los duques de Montalto y Medinaceli, los marqueses de Mancera y Villafranca y el conde de Monterrey y el secretario D. Manuel de Vadillo y Velasco.

Apenas llegó la Reina á Zaragoza, donde fue recibida con gran entusiasmo, juró las leyes del reino, y despues de regalar una preciosa joya á la Virgen del Pilar, reunió las Cortes, manifestando en ellas las causas que dieron lugar á la marcha del rey á Italia, y solicitando que moderasen sus fueros segun les aconsejara su buen tino y discrecion.

—¿Y cómo se portaron mis paisanos en semejante caso? — preguntó Azara.

—Bastante mal por cierto, pues segun se desprende de las relaciones de aquella época, anduvieron reacios en la cuestion de subsidios.

—¿Y respecto á los fueros?

—Mas todavía; pues ese era precisamente su caballo de batalla.

—Pero siempre harian algun sacrificio.

—A fuerza de ver lo apurado de la situacion, los cuatro brazos del reino acordaron hacerle un donativo de cien mil pesos, que la Reina se apresuró á enviar al momento á su esposo, á quien hacian gran falta.

—¿Y no marchó la Reina á Madrid?

—Ya lo creo, como que era muy precisa su presencia.

—Se la recibiria con grandes festejos ¿he?

—Con un tacto superior á todo cuanto yo pueda decir, previno que nada se hiciese en su obsequio, pues no era justo que estando su esposo ausente y corriendo todos los peligros consiguientes á la guerra, se hiciesen gastos ni reinase alegría en su corazon, así fue que marchó directamente á palacio sin aparato ni ostentacion alguna.

—Qué extraño es todó eso en una criatura; pues era muy jóven, segun V. nos ha dicho.

—Catorce años tenia y á todos asombraba con su discrecion y talento. Desde que llegó á la Corte, consagróse con extraordinario afan al despacho de los negocios públicos, sin que la quedase nada por revolver, y sin dejar de examinar el papel mas insignificante.

—No agradaria mucho esta conducta á los individuos que componian el consejo.

—Aun cuando así fuese, guardábanse muy bien de demostrarlo, pues supo imponerles desde el principio un respeto muy superior al que su edad podia inspirarles. Jamás se la veia en un paseo, ni en una diversion; su vida estaba dedicada exclusivamente al alivio de la suerte de sus pueblos y á facilitar recursos á su esposo para atender á los gastos de la guerra (1).

Y á la par que con tanta insistencia se ocupaba de los negocios públicos, no descuidaba las graves atenciones de su casa, por decirlo así.

Palacio, por efecto de las costumbres de la regencia de D.^a Mariana y del reinado de Cárlos II, tenia muchos y graves males. La licencia reinaba en él y no se hacian grandes elogios del recato y de la virtud que existia en su interior.

La Reina, ayudada poderosamente por su camarera la princesa de los Ursinos, empenóse en purificar aquel recinto, y al cabo de muchos esfuerzos consiguieron que el alcázar se convirtiera en una mansion de recogimiento y virtud.

Natural era que esta conducta, que siempre llega á oidos hasta de las capas mas inferiores de la sociedad, por mas que parezcan hallarse tan alejadas de las altas esferas, produjera un gran efecto.

Acostumbradas á otra cosa, conociendo los galanteos que allí habian reinado y so-

(1) D. Modesto Lafuente dice ocupándose de esta digna señora :

«Esta ocupacion — solia decir la Reina con aire jovial — es sin duda muy honrosa, pero no es divertida para una cabeza tan jóven como la mia, sobre todo no oyendo hablar á todas horas sino de las necesidades urgentes del Tesoro y de la imposibilidad de salir del paso.» — *Historia de España*, p. III, lib. VI.

bre los cuales tanto y tanto se murmurara, no podian menos de admirar y hablar mucho en favor de la Reina su conducta tanto en este asunto cuanto en los árduos del Estado.

Obrando solo por instinto, pues no es precisamente en aquella corta edad donde domina el cálculo, obedeciendo las inspiraciones de su corazon y comprendiendo por el efecto que á ella le causaban las noticias que recibia de su esposo, el que causarían al pueblo en general, apenas tenia nuevas de Italia, apresurábase á salir al balcon de palacio y las leia en alta voz á la multitud que se apiñaba para escucharla.

—Sabe V. que esa señora era una alhaja.

—Ya les decia que por desgracia no han abundado mucho, ni en nuestro país, ni en ningun otro; de ser mas grande su número quizás las monarquías hubiéranse sostenido mucho mas, porque hay que desengañarse, señores, la Reina respecto á sus pueblos es lo mismo que la mujer respecto á la familia. Ella es la que siempre dulcifica y templá los rigores del marido, es la intermediaria entre él y los hijos, les atiende, les cuida, se ocupa de sus necesidades en tiempo oportuno, y disculpa sus faltas cuando solo las cree leves. Del mismo modo la reina, ser intermedio entre el pueblo y el rey, es la madre cariñosa, clemente y benigna, que atiende solícita á todo, que se interesa con su régio consorte, que le recuerda las atenciones y los compromisos, y que desarma su cólera inclinándole á la clemencia y al perdon.

—Exactamente, D. Cleto — exclamaron nuestros amigos, — esa es la mision de la mujer, y la de la mujer-reina. María Luisa de Orleans, obrando de ese modo indudablemente ganó mas prosélitos para su esposo, que este con sus brillantes hechos de armas.

—Qué duda tiene; y mas podria haber obtenido á no estar la Corte tan minada, y á no haber cometido tantas torpezas el consejo.

—De modo que Luis XIV estaria satisfecho completamente con la esposa que eligiera para su nieto.

—Pues es natural, y mas de una vez le manifestó su satisfaccion.

—¿Pero cómo empezó la guerra en España?

—Como una consecuencia lógica de la conducta del rey de Francia.

—¿Es decir, que nos vimos comprometidos por él?

—Diré á Vds. Lo mismo Austria que las potencias marítimas, como eran la Holanda y la Inglaterra, no habian visto con satisfaccion la subida al trono de Felipe, sospechando que la idea del Monarca francés era la de llegar á reunir las dos coronas, y especialmente Austria ya sabemos que no quiso reconocerle, mas la frialdad, el despecho ó el temor de Holanda é Inglaterra pudieran haberse desvanecido sin el osado reto del francés que, apoderándose de las plazas de los Países Bajos, las obligó ya á declararse hostiles abiertamente.

—Es cierto.

—Además su imprudente reconocimiento del hijo del destronado rey de Inglaterra, Jacobo II, le enemistó de tal modo en este país, que se alzó un clamor general contra Francia, y todo aquello que directa ó indirectamente la pudiera afectar; por esta ra-

zon, aliada con Holanda, mandó una escuadra de cincuenta buques de guerra con catorce mil hombres de desembarque, bajo el mando del general duque de Armond, la cual, presentándose en las aguas de Cádiz en julio de 1702, llenó de consternacion á toda la Andalucía, y llevó el pánico hasta el gobierno de Madrid.

—Y su objeto sin duda seria el de apoderarse de Cádiz.

—Su objeto era el de promover una sublevacion general en Andalucía; plan que fraguado por el príncipe de Darmstad y el Almirante de Castilla, ambos afectos al Austria y enemigos de Felipe (1).

—Pero esos señores ¿dónde estaban?

—El Príncipe en Lisboa, y desde allí fué á reunirse con la escuadra; y el Almirante en Madrid, donde tenia grandes y poderosas relaciones y muchas posesiones en Andalucía, donde ejercia grande influencia.

—Terrible golpe recibiria la Reina con semejante noticia.

—Mas no se abatió por ningun estilo.

—¿Qué fuerzas habia en España á la sazón?

—Ninguna, si así puedo expresarme. El estado de Andalucía era pésimo. Las fortificaciones estaban ruinosas y abandonadas, no existian provisiones en sus almacenes, no habia buques disponibles, ni tropas; en fin, con decir á Vds. que al arribo de la flota anglo-holandesa, el gobernador, marqués de Villadarias, no pudo reunir mas que ciento cincuenta infantes y treinta caballos, creo que les digo bastante.

—Cierto; lo que es esa cifra es suficiente para juzgar.

—Se calcula que en toda España no existian á la sazón ni veinte mil hombres de guerra, pues todos estaban en Flandes ó en Italia.

—Deplorable situacion.

—El consejo y con él toda la nacion quedaron aturridos al recibir aquella noticia, mas la Reina, con una grandeza de ánimo superior á todo elogio, no solamente supo inflamar su valor, sino que, ofreciendo desprenderse de todas sus joyas, dió ejemplo para que todos hicieran lo mismo á fin de alzar tropas para rechazar al enemigo (2).

(1) Segun dice Belando refiriéndose á los comentarios del marqués de san Felipe, algun tiempo antes de la venida de la escuadra, se presentó un emisario holandés en Cádiz con objeto de reconocer todo aquel terreno. Inspeccionó su fortificacion, los puntos vulnerables que habia, los sitios á propósito para verificar su desembarco; exploró la pública opinion y tomó, en fin, cuantas noticias creyó necesarias para la empresa que sin duda se proyectaba. Se dirigió despues á la Corte, y hospedándose en casa del embajador de Holanda, ambos hablaron con el Almirante, quien les enseñó un mapa de España, y fijándose en Andalucía, se quejó de lo desguarnecidas que estaban algunas plazas importantes, así como del abandono en que se hallaban sus fortificaciones.

El holandés parece que tomó acta de todo, y regalándole un magnifico reloj le dijo: *Acordaos de mi cuando suene la hora*; frase que tenia un doble sentido que el Almirante comprendió, accediendo á secundar los planes que su interlocutor tenia.

Este comprendió que Andalucía era el punto mas vulnerable que tenia España, y en su consecuencia, de vuelta á su país quedó dispuesto el plan para el ataque de aquellas costas.—*Historia civil*, parte I, c. XXII.

(2) «Yo veo — dijo la reina á los individuos del consejo á quienes habia reunido — que no pensais en las providencias segun la necesidad lo exige; el Rey, empeñado en combatir sus enemigos en Italia, ha expuesto cada dia su persona á los mayores peligros y no será justo que en el interior yo esté con quietud viendo padecer sus vasallos y peligrar la España. Y así tened entendido que desde esta tarde saldré yo á campaña é iré á exponer mi persona por mantener al rey lo que es suyo y librar á sus vasallos de las hostilidades de los ingleses; pues cuando el Rey acabe allá y yo perezca acá por tan justa causa, habremos cumplido lo que ha estado de nuestra parte; y así mis joyas, oro, plata y cuanto tengo, ha de salir hoy conmigo de esta Corte para ir á la oposicion de los enemigos.—Macánaz, Memorias MM. 11, cap. IX.

—¿Y correspondió la nacion á la iniciativa de la reina?

—Sí. El mismo Portocarrero se ofreció á mantener seis escuadrones de tropas ligeras, y á su ejemplo la nobleza y los prelados, el pueblo y el clero muéstranse dispuestos á hacer toda clase de sacrificios.

—¿Qué hacían entretanto los enemigos?

—Su falta de tacto sirvió en gran manera á la causa del rey lejítimo. Divididos los pareceres de los jefes de la expedicion, contentáronse con saquear algunos pueblos de la costa, sin que nada se librase de aquella soldadesca desenfrenada, lo que concitó contra ellos las iras del país que, levantándose en armas, les obligó á embarcarse, dejando un gran número de muertos, heridos y prisioneros.

—Semejante conducta influiría mucho en el espíritu del país.

—Ya lo creo; todo lo que le hizo levantar en beneficio del rey Felipe, lo perdió el Archiduque (1).

—Buen principio para las armas de aquel.

—¡Oh! pero bien pronto se vió amargado este triunfo por terribles males.

—Pues ¿qué sucedió?

—Venía de América una flota con grandes riquezas, y temerosa de caer en manos de la armada aliada, se dirigió á Vigo, donde ni era esperada, ni habia quien se hiciera cargo de ellas.

—Pero el Gobierno dispondría...

—El Gobierno lo que hizo fue divagar, perder un tiempo precioso, y cuando se decidió á enviar persona que desempeñase aquella comision, lo hizo en un individuo que viajando con la mayor calma, dió tiempo á que la flota aliada tuviera noticias de aquel incidente, y enderezando el rumbo hácia Vigo, rompió la cadena que defendía el puerto, y cayendo sobre los vajeles españoles, apresó trece entre estos y franceses, echó á pique otros y perecieron mas de dos mil hombres.

—Y todo por culpa del consejo.

—Por esa razon no se formó proceso alguno, porque siendo tantos y tan altos los culpables, hubiera sido provocar nuevos conflictos sin remediar el mal sucedido.

—Mas tambien tendrian su gran parte en ese desastre los partidarios de Austria que habia en Madrid.

—Y no pequeña que le tocaba al Almirante de Castilla, por esta razon, políticamente se le desterró de la Corte, confiándole una mision cerca de la corte del rey de Francia.

—¿Y marchó?

—Sí, señores; pero en medio del camino, pretestando otra comision en Portugal, se dirigió á aquel reino, desde el cual dió un manifiesto lleno de invectivas contra el Gobierno.

—Grave seria esta defeccion para el partido del rey, teniendo en cuenta, segun V. nos ha dicho, las poderosas relaciones é influencias que tenia en España.

(1) Segun el marqués de san Felipe, solamente hubo una autoridad que se pronunciase en favor de los enemigos; este fue el gobernador de Rota.

Pero tuvo la desgracia de caer en poder de sus compatriotas, quienes le hicieron pagar bien cara su felonía.—*Belando*, p. I, cap. XXII.

—Ya lo creo; y en prueba de ello que se creyó fundadamente que gran parte de la nobleza, con la cual estaba emparentado, seguiria su ejemplo.

—¿Pero el Rey sabia todo esto?

—Sí, y de aquí su deseo por regresar á España donde llegó por fin, y despues de detenerse algunos dias en Barcelona y Zaragoza, entró en Madrid en enero de 1703.

—En situacion bien difícil llegaba á la capital de la monarquía.

—Y esta situacion habian de agravársela doblemente las intrigas que bien pronto le rodearon.

—¿Qué clase de intrigas eran?

—El Rey, siguiendo una de las instrucciones de su abuelo, disolvió el consejo, y él solo se dedicó al despacho de los negocios públicos. Luis XIV habia mandado á España, en clase de embajador, al famoso cardenal D'Estrées, que adquiriera gran fama de diplomático en Roma y Venecia.

—Y ese señor queria tal vez entrometerse en los asuntos de España ¿no es así?

—Justamente; consiguió con esto enemistarse con Portocarrero y Arias y con la princesa de los Ursinos, cuyos consejos habian sido acertadísimos, y que ejercia gran influencia con los Reyes.

—Por lo tanto, estos no verian con gusto semejantes escisiones.

—Desde luego; y así era que el Cardenal se quejaba á Luis XIV en tales términos, que este escribió á su nieto algunas cartas sobradamente fuertes en que le decia que era necesario que separase de su lado á la Princesa cuya influencia le perjudicaba (1).

—¿Cómo habia cambiado de opinion? ¿No puso él mismo al lado de los régios consortes á la Princesa?

—Si así obraba era por las frecuentes quejas del Cardenal, á quien la de los Ursinos no dejaba que se permitiese ciertas libertades respecto á los reyes.

—Segun eso, el tal embajador era una especie de árbitro en los destinos de España.

—Trataba de serlo y aspiraba á gobernarla, pero no pudo conseguir su objeto.

—¿Acaso Felipe tomó cartas en el asunto?

—Y de un modo muy terminante. Las frases de su abuelo le hirieron vivamente, y le contestó en términos bastante enérgicos.

—Al fin venimos á parar en lo que dije ya, que Luis XIV queria gobernar á España á su antojo.

—Desde luego que sus aspiraciones y los servicios que estaba haciendo á su nieto no eran desinteresados.

—¡Siempre Francia ha tenido unas simpatías tan grandes hácia nosotros!...

—Pues como iba diciendo —prosiguió D. Cleto interrumpiendo la frase de Pravia,

—Felipe V escribió á su abuelo en términos bastante duros, explicándole las razones que tenia para obrar del modo que lo hacia, desvaneciendo todos los cargos que le

(1) Entre otros párrafos de la carta que le escribia deciale lo siguiente: «Escojed entre la continuacion de mi apoyo y los consejos interesados de los que quieren perderos. Si elejis lo primero, es preciso que Portocarrero vuelva á tomar asiento en el despacho... concediendo entrada en él al cardenal D'Estrées y al presidente de Castilla. Si preferís lo segundo, me ha de doler mucho vuestra ruina que considero cercana.»—*Memorias de Noailles*, tomo XI.

hacia el Cardenal; y del mismo modo que su esposo hacia lo tambien la Reina (1), consiguiendo por fin que Luis XIV dejara á la de los Ursinos en el puesto que la colocara y que obligara al cardenal D'Estrées á presentar su dimision.

—Sabe V., Sr. D. Cleto, que los tiempos eran á propósito para entretenerse en semejante clase de intrigas.

—Esto es lo que mas desesperaba á los reyes que ni podian ni querian distraer su atención de los negocios de la guerra.

—Naturalmente; como que esto era lo verdaderamente importante, y forzosamente tendrian que descuidar por atender á esas intrigas.

—Sin embargo, el Rey no cesaba de trabajar, sirviéndole en gran manera la Princesa que, al decir de historiadores coetáneos, tenia que entender hasta en las graves cuestiones de guerra y hacienda. Así fue que llevó á cabo mejoras é introdujo reformas de verdadera importancia, uniformando el ejército por el mismo estilo que el de Francia.



Tropas regulares en tiempo de Felipe V.

—Imposible parece que en el estado de penuria y de abandono en que España se encontraba, pudiera reunir fuerzas bastantes para rechazar y vencer á enemigos tan poderosos como los que tenia.

(1) «¿Cómo—le decia María Luisa al rey de Francia,—¿cómo se ha atrevido el cardenal D'Estrées á decirnos tales imposturas? Perdonadme si uso de esta palabra, pero no conozco otra en el dolor que me martiriza, y es el único nombre que puede darse á lo que debe haber escrito á V. M. para que haya valido tal carta al Rey, pues ni una sola circunstancia hay que no sea contraria á la verdad.»

Y en otro sitio añadia:

«Tampoco tiene ningun derecho el Cardenal para atacar á la princesa de los Ursinos. Debo hacer justicia á esta

—Prueba elocuente de las simpatías que el Monarca supo granjearse. Todas las ciudades, todos los particulares contribuyeron en gran manera, y Felipe al mismo tiempo procuraba por su parte buscar medios para atender á los gastos de la guerra del modo menos oneroso para sus pueblos.

Y tengan Vds. en cuenta que la situación no podía ser mas aflictiva, porque además de la guerra de Flandes é Italia, las escuadras aliadas procuraban apoderarse de nuestras posesiones de América, y los moros atacaban nuestras plazas de Oran y Ceuta, según el maquiavélico plan combinado por los enemigos del Rey.

—Ya se necesitaba un poderoso esfuerzo para luchar con tan múltiples y encontrados elementos.

—Hasta el rey de Portugal unióse á los aliados, atropellando el tratado de paz y amistad celebrado con España, y el de neutralidad que mas posteriormente hiciera.

En consecuencia de esto, el Archiduque de Austria trasladóse á Lisboa en una poderosa escuadra con catorce mil hombres de desembarco, recibéndole el rey de Portugal como á legítimo rey de España, tomando el nombre de Carlos III.

—Situación bien terrible era para España la que estaba atravesando.

—Indudablemente; en esa guerra como en la posterior, llamada de la Independencia, es donde verdaderamente se ha probado tanto el carácter como el valor de los españoles.

—En ambas épocas estaba la nación bien abandonada.

—¡Toma! Si no hubiese sido por eso, ¿creen Vds. que ni los aliados en 1700, ni Napoleón en 1808 habrían procurado apoderarse de nuestro suelo? La debilidad y el abatimiento de las naciones es lo que tienta á los ambiciosos.

—Tiene V: razón.

—España desde Felipe III había ido cayendo de un modo lastimoso, y ya han visto la situación en que se encontraba al fallecimiento de Carlos II. ¿Qué mucho que al verla así, no sospecharan los que ambicionaban su posesión que un cadáver semejante no podría oponerles resistencia?

—Gran chasco se llevarían.

—Ya lo creo, y apenas supo que el Archiduque había llegado á Lisboa y que dió un manifiesto alegando los derechos que tenía al trono español, se agrupó mas que nunca al lado de su Rey, y este, fuerte con su apoyo, dió á su vez otro manifiesto á la par que lanzaba sus tropas sobre las fronteras del vecino reino lusitano.

El Almirante de Castilla que, como ya he dicho á Vds., se había marchado á Lisboa, presentándose descaradamente como partidario de la casa de Austria, hizo creer al Archiduque en la posesión de España como una cosa sumamente fácil.

—Ignoraría tal vez lo que sucediera desde que él había salido de este país.

«y confesar que sus consejos me han sido siempre de mucha utilidad, y que su buen juicio y comportamiento le han granjeado la estimación de todo el mundo en este país. Me quitais á la Princesa, y por terrible que sea para mí este golpe, lo recibiría sin quejarme si viniera de vuestra mano; pero cuando pienso que es el fruto de los artificios del Cardenal y del abate, su sobrino, os confieso que me desespero. Ruégoos que quiteis de mi vista á estos dos hombres que miraré toda mi vida como mis mas crueles enemigos y perseguidores.»

Lafuente.—*Hist. de España*, p. 3, lib. VI.

—Es presumible que hubo en sus afirmaciones mas presuncion que mala fe, por mas que ya estuviese convencido de que el pueblo en general era afecto al nuevo Monarca.

—Ocasion tuvo de experimentarlo cuando los sucesos de Andalucia.

—Él creyó que con sus relaciones, tanto de amistad como de parentesco, alejaria del lado de los Reyes á la mayoría de la nobleza, y esto pudo tener gran parte en aquellas afirmaciones.

—Si el Archiduque creyó en ellas, gran chasco se llevaria.

—Ya lo creo. Los extremeños, desde el momento en que tuvieron noticia de la actitud en que Portugal se colocaba, no cesaban de hostilizar á las tropas que habia en la frontera haciendo algunas pequeñas incursiones por la tierra lusitana.

—¿Y el Archiduque no veia en todo esto el espíritu general del país?

—El Archiduque, señores, solo veia un trono que apetecia, aun cuando para conseguirle hubiera de sacrificar millones de soldados, que le facilitaba la ambicion ó el despecho de las naciones aliadas.

Por otra parte, en Portugal estaba perdiéndose un tiempo precioso que supo des- tramente aprovechar Felipe.

Francia envió un cuerpo de doce mil hombres al mando del duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, el cual penetró por Bayona. De Milan y de los Países Bajos hizo venir algunas fuerzas aguerridas ya y disciplinadas, y los jefes y oficiales de mas reputacion.

El mismo Monarca se puso al frente de estas tropas, cuyo número no bajaría de cuarenta mil hombres, y mientras los portugueses pensaban qué plazas habilitarian mas convenientemente para la defensa y á quién confiarían el mando de su ejército, metióse por el reino lusitano, y á la vez que el conde de Aguilar se apoderaba de Salvatierra, se le rendian Penha Garcia, Segura y otros puntos, completando esta serie de posesiones la del castillo de Monsanto, cuya guarnicion fue pasada á cuchillo, á pesar del bando del Rey en que se prohibian semejantes actos.

D. Francisco Ronquillo, el antiguo corregidor de Madrid que tenia el mando de un cuerpo volante, recorria todo el país hasta llegar á las puertas de Almeida; el príncipe de Tilly avanzaba por el lado de Alburquerque, quince leguas hácia el interior; el marqués de Villadarias, penetrando por Agramonte, saqueaba los pueblos que se le oponian, y el brigadier Mahoni completaba esta serie de triunfos apoderándose de Castello-Branco, donde encontró gran cantidad de víveres, armas inglesas encajonadas, vajillas de plata y las tiendas para el rey portugués y el Archiduque, quienes tenian pensado establecer su cuartel general en aquel punto.

—¿Pues y qué hacian ellos entretanto?

—Nada; procurar de prisa y corriendo ponerse á la defensiva, lo cual no basta para impedir que nuestras tropas se apoderasen del campamento que el general holandés Fagel habia establecido junto á Villa Velha, al otro lado del Tajo, haciéndole prisioneros un mariscal de campo, dos coroneles, treinta y tres oficiales y quinientos soldados.

—¡Caramba! pues sabe V. que los primeros pasos de la campaña no eran nada favorables al Archiduque.

—Pues todavía hay mas.

—No sé cómo no desistió el aspirante al trono de España en vista de semejantes reveses.

—No ve V. que le apoyaban otras potencias. Si hubiese sido solo tales contratiempos hubieranle retraído, pero precisamente él era quien menos arriesgaba hasta entonces.

—Prosiga V., D. Cleto, prosiga V.—dijeron nuestros amigos al anciano, cada vez mas interesados por este relato.

—El Rey en persona atacó el puente, y llevando ante sí cuantas fuerzas se le oponian, penetró en la provincia de Alentejo, poniendo sitio á Portoalegre, que rindió á los pocos dias el duque de Berwick, cogiéndose en ella ocho cañones y quedando prisioneros de guerra unos tres mil hombres entre ingleses, holandeses y lusitanos.

—¿Pero cómo puede V. conservar esos guarismos lo mismo que las fechas en la memoria?—exclamó Castro sorprendido de la prodigiosa memoria del anciano.

—Habiendo leído muchas veces nuestra historia y meditado bastante sobre ella.

—Ya se comprende que lo ha hecho con gran aprovechamiento.

—Déjenme Vds. concluir terminando por ahora la campaña de Portugal, y descansaré unos minutos antes de ocuparme de Aragon, Cataluña y Valencia.

—Dice V. bien, y no interrumpirémos mas.

—La falta de forrajes obligó á nuestros soldados á deshacerse de gran parte de los caballos, y poco despues, los excesivos calores y la necesidad que las tropas tenian de tomar algun descanso, obligó al Monarca á suspender la campaña, demoliendo algunas fortalezas.

La entrada del Rey en Madrid fue entusiasta, pues mientras él estaba obteniendo victorias sobre los enemigos, la Reina le adquiria nuevos partidarios con su conducta y mantenia vivo el entusiasmo comunicando á los madrileños las noticias que de la guerra recibia, desde los balcones de palacio, y enviándolas inmediatamente á las demás provincias.

Los aliados hubieron de comprender por aquella primera campaña que no les era muy favorable el espíritu general del país, y viendo lo infructuoso de su tentativa por la parte de Portugal, pensaron intentar algo por Cataluña y Andalucía.

A este punto dirijieron una escuadra con grandes recomendaciones del Almirante que, como ya saben Vds., tenia en aquella parte grandes posesiones y gran número de deudos y amigos, mas todo fue inútil; las guarniciones mantuvieronse fieles, y los traidores que fueron descubiertos, castigados inmediatamente.

En Cataluña ya era otra cosa. Una escuadra de cincuenta velas marchó á Barcelona bajo el mando del príncipe de Darmstad, el cual se puso inmediatamente de acuerdo con los amigos que tenia en aquella poblacion.

Todo estaba ya dispuesto para el movimiento, cuando descubierta la conspiracion, el virey se apoderó de algunos de los culpables, y el Príncipe, que ya habia desem-

barcado con parte de su gente, tuvo que reembarcarse de nuevo, quedando frustrado por entonces su intento. Sin embargo, Cataluña estaba ya muy minada, por mas que el virey Velasco asegurase al Monarca que no habia peligro, y que él bastaba con la gente que tenia para sofocar cualquier intentona que tuviera lugar.

XXIX.

Sublevacion de Valencia, Cataluña y Aragon.

D. Cleto permaneció algun espacio, tanto recapacitando sobre los acontecimientos de que todavía tenia que ocuparse, cuanto en tomar algun descanso.

Únicamente una memoria tan privilegiada como la suya podia conservar las fechas y guarismos de soldados de ambos ejércitos y las múltiples incidencias del largo periodo que recorria.

Nuestros jóvenes supieron dominar su impaciencia y respetaron su silencio.

Cuando hubo tomado el descanso que necesitaba, alzando la cabeza y sonriendo como de costumbre, dijo:

—Con que señores, ¿quieren Vds. seguir prestándome atencion?

—Desde luego; si estamos impacientes por conocer toda esa campaña.

—Tal vez digan Vds. que soy algo difuso, máxime cuando han de recorrer muchos ó casi todos los puntos en que tuvieron lugar los hechos que refirió; pero si tienen Vds. memoria, en esta reseña general que les hago encontrarán la fuente, y les aprovechará bastante cuando se encuentren en ellos.

—Y podremos apreciarlos tambien mucho mejor teniendo de ellos el conocimiento general.

—Perfectamente; es decir que Vds. no consideran perdido este tiempo.

—¿Quiere V. callar? Por el contrario, le creemos muy bien ganado, puesto que V. nos inicia en unos conocimientos que ignorábamos, ó por lo menos teníamos muy abandonados.

—Pues vamos á terminar, porque ya es bastante adelantada la hora, y mañana hemos de ponernos en camino.

—Dice V. bien.

—Madrid estaba lleno de júbilo por los triunfos obtenidos por nuestras armas en Portugal, cuando una noticia bien triste á la verdad llegó á destruir todo el efecto causado por la última campaña.

—¿Acaso alguna derrota?

—Mas que eso, amigos míos; una pérdida que mucho la ha llorado España y que es el padron de vergüenza mas grande que podemos tener.

—¡Ah! ya comprendo—dijo Azara;—se refiere V. á Gibraltar.

—Sí, amigos míos. El gobernador de aquella plaza, que lo era D. Diego Salinas, un valiente y pundonoroso militar, habia venido á Madrid desde que se advirtieron los primeros síntomas de insurreccion en Andalucía, á demandar socorros para artillar y guarnecer aquel punto tan interesante.

—Y no los obtendria.

—Recibió muchas palabras, y el marqués de Villadarias, á quien finalmente el Rey dió el encargo de cuidar de aquel asunto, lo abandonó por completo, no sospechando que los aliados intentasen nada por aquella parte.

El príncipe de Darmstad, que conocia perfectamente el partido que se podia sacar de aquella plaza, y á quien eran familiares los puntos mas importantes de España por el mucho tiempo que viviera en este país y por los mandos militares que ejerció en él, dirigióse con su escuadra á poner sitio al famoso peñon.

El dia 2 de agosto de 1704 desembarcó el Príncipe con dos mil hombres, sin que en la plaza hubiera entre soldados y paisanos mas de cien defensores.

Con tan raquítica guarnicion no fue gran hazaña el cortarle inmediatamente la comunicacion por mar y tierra, y harto hicieron el Gobernador y sus soldados rechazando con valentía la intimacion primera del Príncipe, y con resistir durante dos dias los repetidos ataques de los enemigos.

—Inconcebible parece un abandono semejante.

—Pues en el mismo estado que Gibraltar se encontraban la mayoría de las plazas al advenimiento al trono de Felipe V.

El Gobernador comprendió que, falto de elementos como estaba, era una temeridad persistir en la defensa que era imposible, y obtuvo una capitulacion honrosísima, saliendo con todos los honores de guerra, despues de concedérsele que serian respetadas las propiedades, Religion y privilegios.

—¿Se cumplieron estas promesas?

—Ninguna. Profanáronse los templos por aquella soldadesca desenfrenada, saqueáronse las casas, y el vecindario tuvo que sufrir toda clase de exacciones.

—¡Qué pérdida para España!

—¡Oh! pues á no haber sido por la entereza del Gobernador de Ceuta, marqués de Gironella, otra pérdida hubiésemos tenido que deplorar.

—¿Acaso fueron á atacarla tambien?

—Sí, señores; mas aquel personaje recibió de tal modo al Príncipe y á sus soldados, que hubieron de desistir.

—¿Pero no se hizo tentativa alguna para recuperar á Gibraltar?

—Sí, señores; el marqués de Villadarias, el mismo á cuya negligencia se debia tan irreparable pérdida, quiso enmendar su yerro, y se dirigió á poner sitio á aquella plaza, ayudado por la escuadra franco-española, y aumentada su hueste con los refuerzos que le llevó el marqués de Aytona y los de varios magnates que voluntariamente se ofrecieron para tamaña empresa.

—Y no conseguirian nada ¿eh?

—Naturalmente; el Príncipe no habia sido tan descuidado como los españoles, y apresuróse á fortificar la plaza, y recibiendo un nuevo refuerzo de dos mil ingleses, púsose en disposicion de inutilizar todas las tentativas del contrario.

Mucho tiempo se perdió allí, muchos caudales se consumieron, y gran número de soldados perecieron antes de que se levantase el sitio de aquel importantísimo punto,

llave del Mediterráneo y primera piedra, como dice con gran justicia un escritor, que se desprendió de esta gran monarquía (1).

Por este tiempo volviéronse á cruzar nuevas intrigas respecto á la princesa de los Ursinos, á quien el rey Luis XIV mandó que saliera de España sin despedirse de la Reina, y sin que ni esta ni su esposo pudieran hallar medio de evitar semejante golpe.

Aun hubo mas; como Felipe, por los sucesos de la guerra, no podia romper abiertamente con su abuelo, no tuvo mas remedio que sucumbir ó cambiar el Gobierno, saliendo Orri y Canales.

El mariscal de Tesse, que vino á España en reemplazo del duque de Berwick, dió unos informes tales á Luis XIV acerca de las disposiciones en que estaban los españoles, que no pudieron menos de modificar de una manera notable sus ideas, é influyeron en gran manera para el desenlace de este asunto (2).

—¿Pero volvió al fin la Princesa á ocupar su antiguo puesto de palacio?

—Ya lo creo.

—Qué talento tan privilegiado debia tener esa mujer.

—Y tengan Vds. en cuenta que se veia precisada á luchar con los mejores diplomáticos de su tiempo, que Luis XIV estaba terriblemente prevenido en su contra, y sin embargo esta señora consiguió hablarle y obtuvo de él cuanto quiso.

—Vamos, eso es pasmoso.

—Con su vuelta á España y su instalacion en la cámara de la Reina, la especie de paralización que existió en los negocios de la guerra cesó por completo.

El sitio de Gibraltar que nos habia obligado á desmembrar el ejército de Portugal, envalentonó á los aliados que, con un refuerzo de quince mil hombres que recibieron al mando de Peterborough, emprendieron con mas ahinco la campaña, mientras el Archiduque y Darmstad, con una fuerte armada recorrían los puertos del Mediterráneo.

De nada sirvió que el mariscal de Tessé consiguiera hacer levantar el sitio de Badajoz á los aliados; la escuadra del Archiduque iba sublevando las provincias del litoral, y la escasez de dinero provocaba á cada paso conflictos de tal magnitud, que el mariscal se quejaba de que los soldados desertaban y los oficiales pedían sus retiros en virtud de la falta de pagos.

A esto debo añadir que las conspiraciones menudeaban, llegando al extremo de tratar de apoderarse de los Reyes el día del Corpus; que se hacían muchas prisiones; y que el partido austriaco iba ganando terreno, especialmente en las clases elevadas,

(1) Belando.—*Historia civil de España*, tomo I.

(2) Notable por mas de un concepto es el informe del mariscal de Tesse que trae Noailles en sus memorias.

«Preferirian—dice—los españoles ver la destruccion del género humano, á ser gobernados por los franceses; tal vez antes se hubieran sometido, pero ya es demasiado tarde. La profunda aversion que tiene la Reina al duque de Gramont nace de haber sabido por boca del Rey que habia tratado de que no tomase parte en los negocios públicos. Sabe además que el embajador y el confesor andan muy unidos y confabulados, á fin de impedir la vuelta de la favorita, que parece indispensable.»

Despues emite su juicio respecto á los individuos del consejo terminando así: «En resúmen, un Rey jóven que no piensa mas que en su mujer, y una mujer que se ocupa de su marido: cuatro ministros desunidos entre sí, que se hallan acordes cuando se trata de cercenar la autoridad del Rey, y un secretario de Estado sin voto y que se conforma con obedecer. Mas capaz de servir seria el marqués de Rivas, pero como tuvo la desgracia de indisponerse con la princesa de los Ursinos, se hizo insoportable para la Reina...»

La fuente.—*Historia general de España*, pte. III, lib. VI.

contribuyendo no poco á su disgusto la prision de algunos individuos de la nobleza á quienes se acusaba de conspiradores.

La flota enemiga intentó algo respecto á Cádiz y á la isla de Leon, pero no obteniendo el resultado que se prometia, dirigióse hácia Alicante, donde fue rechazada con gran entereza.

No sucedió lo mismo en Altea y en Denia. En el primer punto presentóse un capitán del regimiento de Saboya, el cual recibió armas, proclamas y pertrechos de guerra para levantar partidas en aquellos sitios, y en Denia contando con el gran apoyo de la poblacion, desembarcaron proclamándose solemnemente al Archiduque Carlos III de Austria, como rey de España.

Nombraron por Gobernador á un valenciano llamado Juan Bautista Baset, y la escuadra siguió su rumbo.

—De modo que Denia fue la primera ciudad que se rebeló contra Felipe V.

—Sí, señores.

—No lo olvidarémos para el dia en que lleguemos á ella en nuestro viaje.

—Bien pronto el reino de Valencia se puso en movimiento; el capitán de Saboya no habia perdido el tiempo, y bastantes partidas de paisanos armados á la lijera recorrian el territorio, sembrando la alarma y el trastorno por doquier.

El marqués de Villagarcía, Virey de Valencia, dirigióse con algunas tropas á sofocar aquella naciente insurreccion, pero bien pronto tuvo que desmembrar sus fuerzas para mandar parte de ellas á Aragon, donde tambien se advertia algun movimiento, quedándose solamente con la poca gente que mandaba el mariscal de campo don Luis de Zúñiga y un regimiento de caballería que mandaba el coronel D. José Nebot.

—Bien pocas tropas por cierto para extinguir tan terrible incendio.

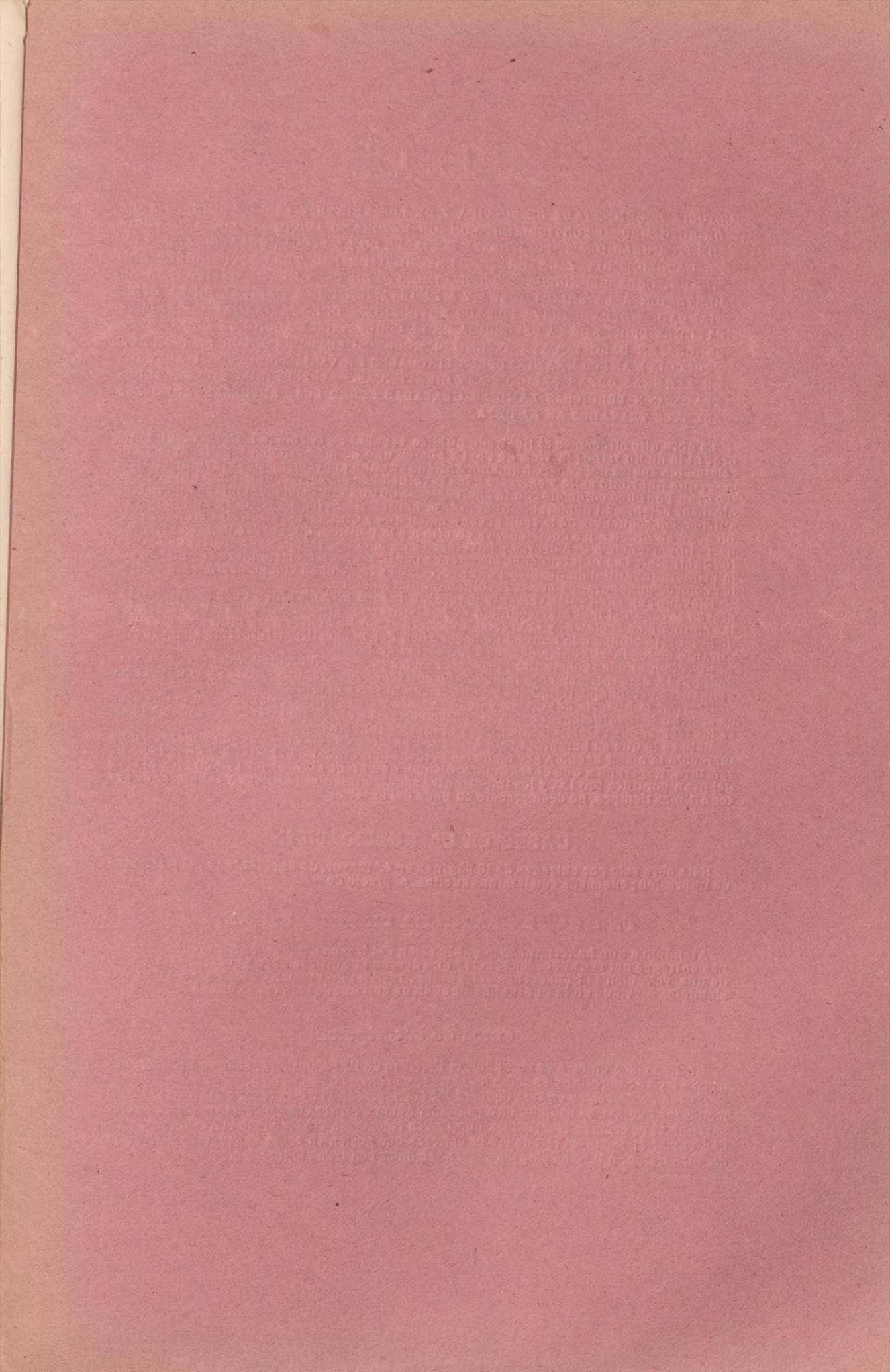
—Sin embargo, mucho se hubiera conseguido si la traicion no las hubiera desmembrado. El marqués de Villagarcía se dirigió sobre Denia, y cuando ya tenia apretados á los rebeldes, el catalán D. José Nebot se pasó á los rebeldes con sus soldados, cogiendo prisionero al general Zúñiga con todos los suyos.

—¡Caramba! Golpe fatal debió ser ese para la causa de Felipe V.

—Ya lo creo; no tardaron mucho los rebeldes en apoderarse de Gandía, donde se apoderaron de la artillería que el antiguo duque D. Francisco de Borja hizo fabricar en el siglo XIV, y con ella artillaron á Alcira que les franqueó sus puertas. Valencia no tardó en pronunciarse, y el conde de Cardona substituyó al marqués de Villagarcía, nombramiento que, hecho por los rebeldes, fue sancionado despues por el Archiduque.

Mientras tanto en Cataluña ocurrían tambien graves acontecimientos. Mas simpatías que en Valencia tenia en el Principado el Archiduque, y el mal gobierno del virey D. Francisco de Velasco contribuyó doblemente á escitar los ánimos, en términos que solo se esperaba un momento favorable para rebelarse abiertamente.

No me detendré, amigos míos, á detallar á Vds. todas las fases de aquel período porque cuando lleguen á Barcelona, al enterarse de su historia, lo encontrarán sobradamente detallado, solamente les diré que el 22 de agosto de 1705 fondeó en la playa barcelonesa la escuadra aliada, y que el 17 de setiembre, sin que la muerte del prin-



PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO, CON UN RAZONADO JUICIO DE LOS ACONTECIMIENTOS RELIGIOSOS, POLÍTICOS Y SOCIALES DE LA ÉPOCA, RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO, Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO, CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE ROMANA Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANIDAD.— OBRA ESCRITA POR LOS REVERENDOS D. EDUARDO MARÍA VILARRASA, CURA PROPIO DE LA PARROQUIA DE LA CONCEPCION Y ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA EN BARCELONA, Y D. EMILIO MORENO CEBADA, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA: AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.— ESPLÉNDIDA EDICION ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ, REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.

La obra que ofrecemos al ilustrado público español no es solo la historia de un hombre, ni la de un reino; la vida de Pio IX abarca uno de los periodos mas fecundos que relatan los anales del género humano. Agitada su cuna por el oleaje de la revolucion francesa, que imprimió sello y carácter á las revoluciones sucesivas, el nacimiento de nuestro gran Pontífice coincidió con la eflorescencia de una multitud de hombres que debian alcanzar celebridad deplorable unos, otros honrosísima; las vicisitudes que la Iglesia sufrió á consecuencia de la radical conmocion que á últimos del siglo sintieron los pueblos, ya en orden á las doctrinas, ya en orden á la politica, dió naturalmente extraordinaria importancia á defensores y adversarios de la causa católica, en las escuelas y en los gabinetes. Las notabilidades suscitadas por la restauracion religiosa se enlazan con la primera juventud de nuestro Pontífice, como se relacionan con su nacimiento y niñez los colosos engendrados por la revolucion enciclopédica.

Elevado, en edad relativamente juvenil, á la mas alta dignidad de la tierra, Pio IX, clave sagrada del magnífico edificio de la civilizacion cristiana, ha tenido á su sombra las eminencias sociales, y la acertada manera como ha aplicado las altísimas máximas de la moral católica á la marcha de la sociedad fiel le constituye lumbrera siempre fulgurante de los inteligentes dóciles á la palabra de Dios.

Regulador de las soberanias, protector de los pueblos, fomentador del progreso verdadero, Pio IX está íntimamente relacionado con todos los grandes sucesos y con todos los eminentes personajes religiosos y políticos de nuestra época.

Escribir la historia de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su pontificado es escribir las evoluciones sociales acontecidas desde el destronamiento de Luis XVI hasta las tremendas catástrofes de que es el mundo funesto teatro.

Esto es lo que se han propuesto hacer los autores de esta obra, cuyo primer tomo ha merecido la mejor acogida por todas las personas amantes de la historia y de la bella literatura. Esperamos que el segundo y último, que ha de abrazar los principales hechos del gran pontífice Pio IX, y los importantes acontecimientos políticos y religiosos de estos últimos tiempos, no desmerecerá en nada del anterior.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra sale por entregas de 16 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y esmerada impresion; adornada con láminas sueltas, al precio de

UN REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Atendido á que ha terminado la publicacion del tomo primero y han visto la luz algunas entregas del segundo, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial.

Puntos de suscripcion.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendíendose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo*, *Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.